

Estado, economía y sociedad en México y en el mundo*

Ramón Martínez Escamilla
Irma Manrique Campos•

El IX Congreso Nacional de Economía celebrado en Manzanillo, Colima, del 28 al 31 de agosto de 1991, bajo la organización y dirección del Colegio Nacional de Economistas de México, fue un evento de singular importancia al que asistieron delegaciones profesionales de todo el país y de unos 30 países de América, Asia y Europa. Su tema general fue: Estado, Economía y Sociedad en México y en el Mundo.

La historia socioeconómica y política del siglo XX hizo posible que a partir de la segunda mitad de los ochenta, la sociedad mundial se concientizara aceleradamente de su carácter dialéctico, es decir contradictorio y cambiante.

* A invitación expresa del Presidente del CNE, licenciado Arturo Salcido Beltrán, los autores de este testimonio integramos con otros destacados colegas la Comisión de Recepción y Relatoría, y aquí recogemos en gran medida la aportación de ambos a la relatoría general de ese evento. Lo hacemos a petición formal de las autoridades del IIEC, apegados a nuestro muy particular punto de vista (véase, Colegio Nacional de Economistas, "IX Congreso Nacional") de Economía: *Estado, Economía y Sociedad en México y en el mundo*. Manzanillo, Col., 28 al 31 de agosto de 1991. 31 pp.).

• Investigadores Titulares del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

Previamente, en menos de medio siglo, había visto crecer, consolidarse, desarrollarse y comenzar a declinar al capitalismo y también había visto nacer, crecer, desarrollarse y comenzar a declinar al socialismo; por lo menos a esa muy considerable parte de él que se ha dado en llamar el socialismo real; mientras la otra parte, el socialismo en sí, se mantuvo hasta hoy en el centro de la preocupación y el debate sociales a escala de toda la humanidad.

El desarrollo capitalista que en todo el mundo, región por región, continente por continente y país por país ha sido la experiencia del siglo XX, se presentó con una carga energética tan grande y con un esquema promisorio de satisfacciones sociales y modernidad tan dinámicos, que en pocas décadas hizo recorrer a diversas sociedades nacionales tramos tan vertiginosos de su integración y de su historia, que al unísono pero también en sucesiones de modelos en mucho coincidentes en el tiempo, dividió a la humanidad hasta en dos ocasiones en bandos tan antagónicos y aún tan beligerantes en lo político, que desembocó irremisiblemente en dos guerras mundiales. Llegó incluso a polarizar tan profundamente la visión de la sociedad mundial, que históricamente sentó las bases del surgimiento socialista, con el consecuente cambio de visión y de signo y aún de sentido general en la historia universal y en el antagonismo fundamental de su futuro inmediato.

En esas condiciones, el proceso de integración política de Europa cambió de modelo al ser desintegrado el Imperio Austro Húngaro y desembocar en la Primera Guerra Mundial; y volvió a cambiar al ser remodelado el estado alemán y liberados de su égida los estados checo, eslovaco, polaco, austriaco, húngaro, servio, croata, eslovenio y danés, lo mismo que los estados escandinavos y aun el francés, el italiano y el español, al término de la Segunda Guerra Mundial; y vuelve a cambiar hoy, por tercera ocasión, como efecto primario e inmediato de la reestructuración socialista también en escala planetaria aunque sus efectos se registren más enfáticamente en los países de Europa Central y del Este, en las profundidades del macizo continental asiático, en el Medio Oriente y en el norte de África, pero también en el Sudeste Asiático y en Centroamérica.

Y una ha sido la constante en cuya presencia y aun en cuya esencia se han registrado estas grandes mutaciones: la crisis estructural del sistema capitalista y la concomitante crisis del sistema socialista que desde 1966 se presentó primero coyuntural y después

también estructuralmente, y los respectivos repuntes de mediano y largo plazo.

Se explican así los recientes y acelerados procesos nacionales de la formación socioeconómica y política socialista en Polonia, Hungría, Alemania, Checoslovaquia, Rumania y Mongolia, y se explican también las diásporas nacionales que desde sendos sistemas federativos se registran hoy mismo en Yugoslavia y aún en la Unión Soviética. Pero no se explican menos, en ese mismo contexto, los procesos de conciliación nacional en Nicaragua y en Kampuchea, la nuevamente llamada Camboya, y los pasos de acelerada marcha hacia el ablandamiento y la democratización en Vietnam y en China y los de repunte hacia la reunificación política de Corea.

Hecha excepción de esta última nación y de China, podría decirse con seguridad que en todos estos casos la motivación ha sido la de una acelerada readopción del mecanismo del mercado y la de la vuelta no menos acelerada a los cánones de la democracia formal, categorías ambas fundamentales por no decir centrales del régimen capitalista de producción y distribución.

Como nunca antes es cierto ahora el siguiente orden de cosas: la sociedad mundial de hoy, continente por continente y país por país, nada quiere con el socialismo real del siglo XX y nada quiere con el capitalismo salvaje ni con cualquiera otra expresión de imperialismo. Por eso las sociedades nacionales siguen clamando por su emancipación y por su soberanía política efectivas y los Estados nacionales de todo el orbe por su reestructuración; y el énfasis de este clamor de independencia, de soberanía, se deja sentir ahí donde los imperialismos de uno y otro signos flagelan el cuerpo y el espíritu pensante de las sociedades nacionales sobreexplotadas y hegemónicas en aras primero del equilibrio estratégico mundial y después, *ahora*, de su ruptura unilateral al parecer abiertamente proimperialista.

Por eso, también hoy como nunca antes, la salida de la crisis mundial, con independencia del signo ideológico que comporte la política de resquebrajamiento del viejo orden socioeconómico y político, no es la del nacionalismo económico, aun cuando esté presente el viejo alarido en pro del nacionalismo político; sino la de la integración económica y específicamente comercial y financiera en grandes bloques regionales de intereses económicos comunes y de disímbola, si no contraria al menos paralela, inspiración política nacional.

Esto mismo, sin embargo, tiene sus grandes y profundas limitaciones, junto con las evidentes ventajas parciales que pudiera tener en el mediano y largo plazos. Este cambio de modelo económico y político propuesto para la estructura mundial desde todos los flancos, en lo ideológico pero también en la práctica real, mantiene intacta la estructura social por no haber sido capaz de advertir la rigidez y agravamiento del antagonismo de clases; y por no postular ni promover un proceso de real acercamiento entre la estructura social y la estructura del poder político y, dentro de este limitativo esquema, por su impotencia para advertir primero y postular en seguida, así fuera en líneas generales, un proceso de reestructuración profunda del estado para recoger, expresar y encarnar los intereses de toda la sociedad, así fuera sólo en escala nacional; dejando todo en el nivel de un reformismo superficial que acaso sólo alcanza para rescatar la concepción modernizante del liberalismo, por lo demás carcomida por las miserias sociales y económicas presentes en los cinco continentes, no obstante el descomunal desarrollo tecnológico. Un liberalismo endulzado ideológicamente por los renovados conceptos de los mismos viejos intereses, de los mismos viejos beneficiarios colonialistas modernizantes de todos los tiempos.

En este contexto mundial de neoliberalización de las estructuras económicas, la reforma y el reformismo a ultranza de los aparatos financieros nacionales ha dejado sentir su impacto desfavorable sobre todo ahí donde los intereses de la sociedad nacional se hicieron presentes en los proyectos de nación que postulan las Constituciones, y donde la práctica política y económica de cara a cada sociedad nacional los había puesto a su servicio de manera infundible.

Sin embargo, es ahí precisamente donde sigue teniendo sentido hablar de país y de procesos de emancipación nacional, no separando la economía de la política ni del quehacer social sino integrando todos estos elementos en un solo propósito de ser, pensar y hacer conforme a las condiciones y exigencias que impone la historia nacional específica y propia de cada país. México no es totalmente ajeno a este estado de cosas.

Al igual que los países menos desarrollados de Europa Occidental tomaron la iniciativa de sumarse al proceso de integración a una Comunidad Económica Europea que muy pronto mudó su sentido por el de la novísima concepción de una Europa sin fronteras y sin diferencias de signo monetario; México y otros países

de América Latina, en el último lustro, son orientados por sus gobiernos hacia un tipo de integración con las potencias del norte del Continente Americano en un sentido que mucho parece coincidir con el que a su tiempo concibieron España, Grecia y Portugal y que muy pronto ha llevado a reflexionar a estos países frente al peso específico del éxito que se les presenta a futuros junto al enorme peso que por anticipado ha adquirido en el seno de sus respectivas economías el desequilibrio fundamental entre el excedente económico y la escasa posibilidad real de retenerlo en lo interno. El caso de España es el más elocuente al respecto.

Como en los citados países, en América Latina pero también en México, la producción y la reproducción de la fuerza de trabajo como factor productivo por excelencia dentro de nuestro proceso económico, sigue encontrando muy serias dificultades para incorporarse aceleradamente al proceso de ascenso social y de desarrollo económico y político, merced a la agudización de los patrones de acumulación de beneficios que mucho tienden hacia un proceso de urbanización acelerada en el que ésta no tiene correlato con un proceso de industrialización masiva, autosostenida y autosuficiente, que por necesidad tiene que depender de fuentes y canales de financiamiento, originados en un excedente económico que nuestro país no puede retener en lo interno, merced a los patrones de una modernización y una tecnologización de la estructura económica interna que no se compadece del todo con una visión integral de lo que como país hemos logrado durante siglo y medio de vida política independiente y de acelerada modernización nacionalista y original de todas nuestras estructuras.

Y son los modelos de Sociedad, Estado y Economía en México tan ricos, originales y prometedores históricamente; que la dinámica de integración que inducen con arreglo al proyecto nacional que se desprende de la Revolución Mexicana, en tres cuartos de siglo han dado a los mexicanos la experiencia y aun la convicción de que es con base en nuestras propias fuerzas, y subordinando a los intereses de nuestra propia esencia nacional todo lo que el mundo exterior está en condiciones de ofrecernos, como seguiremos transitando con éxito los caminos de la historia mundial en rápido ascenso.

México no puede continuar la acelerada marcha hacia su desarrollo socioeconómico y político sin incorporar de manera inequívoca a los beneficios del desarrollo a todos los nacionales; sin

atenuar las profundas desigualdades persistentes en la estructura social; sin destruir con visión preclara de sus propios intereses la marginación étnica, cultural, social, económica y política de casi 10 millones de indígenas localizados en más de 30 etnias y medio centenar de idiomas y dialectos.

Nuestro país se encuentra frente a la necesidad histórica de redoblar y acelerar los pasos en la defensa de sus recursos naturales; los del macizo continental en el suelo y el subsuelo y los de los mares territoriales y las islas donde se asienta la soberanía nacional. De la misma manera, es exigencia para la sociedad y para el estado nacionales, la defensa decidida e inconfundible ante los ojos de toda la nación del medio ambiente y la biosfera que tan rápidamente se nos han deteriorado. Hoy como nunca antes se nos vuelve indispensable preservar y desarrollar las aguas y los bosques nacionales; tecnificar y poner al servicio de una sociedad nacional que se nos multiplican los montes y los desiertos, los campos y las ciudades, los espacios aéreos y marítimos, y devolver el sentido social con que los concebimos a las fábricas y los comercios, a los transportes y a los servicios, a las comunicaciones y a las finanzas, en una clara e incisiva vuelta a la visión de lo nuestro y a la defensa de lo que nos es propio.

El Estado mexicano no ha estado, no está, no estará de espaldas a la dinámica que en el ámbito mundial han adquirido las estructuras de poder y sus cambiantes segmentaciones. El estado nacional mexicano ha estado y seguirá inserto en la dinámica política y estratégica mundial. Eso a los mexicanos nos viene de antiguo y nos acicatea en la búsqueda de un destino propio y se asienta en una voluntad nacional emancipada y creadora.

Los vertiginosos cambios de la estructura mundial de poder y sus estrategias polares no hacen sino confirmarnos que el destino de México está en la vuelta de nuestra mirada también emancipada y creadora a las raíces de nuestra sociedad, nuestro estado y nuestra economía. Más que espejo referencial de todo lo que nos acontece como gran nación, América Latina es parte de lo nuestro; América Latina es esencia de lo nuestro y como tal, la defensa, la integración y la solidaridad de América Latina es nuestra propia defensa, es nuestra propia integración, es nuestra propia solidaridad.

El resto del mundo no sólo nos contempla y nos refleja; también nos hace objeto de su interés y de su esfuerzo creador y ge-

nuino. Los mexicanos a la vez lo contemplamos y hacemos nuestro con nuestra original visión y nuestro genuino interés de mexicanos. Lo contemplamos con expectación pero sin temblor; con admiración pero también con profunda reflexión; con respeto pero con profundo sentido de la emancipación nacional. Damos trato de igualdad a aquellos de quienes reclamamos la condición de iguales y esto, hoy como nunca antes en nuestra historia, es especialmente cierto en nuestros procesos en marcha hacia la acelerada integración económica regional.

Con los americanos todos compartimos el continente desde hace cinco siglos. Los espacios y los tiempos que nos hemos abierto en 500 años de construcción nacional y de lucha en defensa de lo que nos es propio, confirman en nuestra conciencia y en nuestra voluntad creadora que iremos siempre al encuentro de un destino socioeconómico y político que es el que predeterminamos sustanciando la historia que desde antiguo decidimos construir en integración, defensa y preservación de lo nuestro.

Hoy que desde las estructuras reales de poder político se intentan profundas reformas al estado nacional mexicano como si mecánicamente fuera posible revertir los procesos del desarrollo histórico de México; y que un populismo de nuevo cuño pretende sustanciar el esquema de cambio social que solo pueden impulsar las mismas bases sociales y no simplemente un liderazgo de tipo burocrático; y que se pretende aherrojar a la economía nacional entre los cartabones del más recalcitrante de los proimperialismos; es urgente volver la mirada incisiva al proyecto de nación que estaba en la mente de los próceres de nuestra Revolución de Independencia a principios del siglo pasado; mismo que fue alentado con preclara visión por los impulsores de nuestra reforma liberal, como se conoce a la más grande de nuestras revoluciones sociales, y mismo que campeó en el sentimiento y en la voluntad de los grandes revolucionarios mexicanos de principios del presente siglo.

Porque es en ese proyecto de nación en el que de manera inequívoca se encuentra la respuesta preclara a los males nacionales de nuestro tiempo y la explicación a los embates del exterior que los alientan en clara negación del derecho que tenemos los mexicanos a construir nuestro propio destino.

Es con ese proyecto de nación a la vista, en que se contempla sin confusión posible el tipo de estado, de economía y de sociedad que queremos darnos los mexicanos; como es hoy posible dar res-

puesta adecuada a la política que en la presente coyuntura pareciera confundir al régimen de gobierno con la esencia del estado nacional y a éste con la nación en conjunto, cuya realidad palpitante por profundamente social es mucho más vasta e inalienable no sólo que la vocación y voluntad del gobierno sino incluso que la soberanía misma del estado.